

M<sup>me</sup> Walter le había arrebatado de las manos el corpiño para ocultar su cara dentro y permanecía de pie blanquísima, en medio de todas sus faldas caídas en desorden.

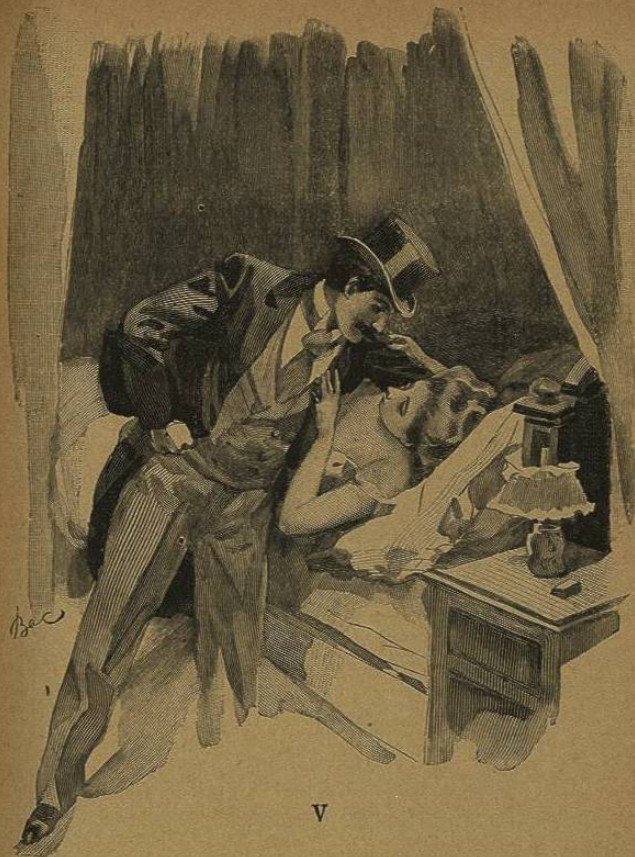
Du Roy la dejó sus botinas y la trasladó en sus brazos á la cama. Ella entonces le murmuró al oído con voz entrecortada :

— Le juro... le juro... que jamás he tenido ningún amante.

Como una joven hubiera podido decir :

— Le juro que soy virgen.

— He ahí una cosa, decía para sí Du Roy, de las que me tienen sin cuidado.



V

Había llegado el otoño. Los Du Roy habían pasado en París todo el verano sosteniendo una campaña enérgica en *La Vida Francesa* en favor del nuevo gabinete durante las cortas vacaciones de la Cámara de diputados, y aunque acababa de comenzar octubre, ambas Cámaras se disponían á reanudar sus sesiones, pues los

asuntos de Marruecos tomaban un cariz grave y amenazador.

Nadie, en realidad, creía en una expedición á Tánger, si bien hubo un diputado de la derecha, el Conde de Lambert Sarrazin, que el día de la clausura de sesiones ofreció, imitando á un célebre virrey de las Indias, apostar su bigote contra las patillas del presidente del Consejo á que el nuevo gabinete no tendría otro remedio que imitar al anterior; y en un discurso lleno de *esprit*, que fué aplaudido hasta por los centros del Parlamento, dijo que así como el anterior gabinete había mandado un cuerpo de ejército á Túnez, éste mandaría también otro á Tánger, para hacer *juego*, por amor á la simetría, lo mismo que se ponen dos floreros y no uno sobre la chimenea de un salón. Y había añadido:

— La tierra de África es, en efecto, señores diputados, una chimenea para Francia, una chimenea que consume nuestra mejor leña, una chimenea de gran tiro que se enciende con el papel del Banco Francés.

« Os habéis ofrecido un capricho de artista adornando el ángulo de la izquierda con una *chuchería* tunecina que os cuesta caro; ya veréis cómo Mr. Marrot va á querer imitar á su predecesor adornando el ángulo de la derecha con otra *chuchería* marroquí. »

Aquel discurso que tuvo una gran resonancia, había servido de tema á Du Roy para diez artículos acerca de la colonia argelina, que constituían toda la serie interrumpida desde sus comienzos de periodista, y había sostenido enérgicamente la idea de una expedición militar, siquiera estuviese convencido de que no se llevaría á efecto. Había hecho vibrar la cuerda patriótica y bombardeado á España con todo el arsenal de argumentos despreciativos que se emplean siempre contra los

pueblos cuyos intereses son contrarios á los propios que se trata de defender.

*La Vida Francesa* había ganado una importancia considerable á causa de los vínculos que unían al periódico con el gobierno, vínculos de todo el mundo conocidos. Daba antes que los más serios periódicos de abolengo, las noticias políticas, indicaba con matices las intenciones de los ministros, sus amigos; y todos los periódicos de París y de provincias buscaban en ella todo lo referente á información. Se la citaba, se la temía, se comenzaba á respetarla. Ya no era el órgano sospechoso de un grupo de agiotistas políticos, sino el órgano declarado del gabinete. Laroche-Mathieu era el alma del periódico y Du Roy su bocina. El viejo Walter, diputado mudo y director cauteloso, sabía borrarse del cuadro cuando convenía, y según se susurraba, ahora se ocupaba en un negocio enorme, un asunto de minas de cobre en Marruecos.

El salón de Magdalena habíase convertido en un centro influyente donde todas las semanas se reunían varios miembros del gabinete. El mismo presidente del Consejo había comido dos veces en la casa, y las señoras de los hombres de Estado, que otras veces vacilaban antes de franquear su puerta, se envanecían ahora de ser sus amigas, haciéndole más visitas de las que de ella recibían.

El ministro de Negocios Extranjeros reinaba casi como dueño y señor en la casa. Se presentaba á cualquiera hora con despachos, con noticias, con informes que dictaba ya al marido, ya á la mujer, como si hubiesen sido sus secretarios.

Cuando después que el ministro había salido, Du Roy se encontraba frente á frente de Magdalena, se encolerizaba

zaba con voz amenazante y con insinuaciones pérfidas en la palabra contra las maneras de aquel hombre mediocre é intrigante.

Pero Magdalena se encogía de hombros con desprecio y repetía :

— Haz tú lo mismo, procura ser ministro y podrás darte importancia. Hasta entonces, cállate.

Du Roy se retorcía el bigote mirando á su mujer oblicuamente.

— No se sabe de lo que yo soy capaz, algún día tal vez se sepa.

Su mujer respondía con calma filosófica :

— Quien viva lo verá.

El día mismo de la reapertura de las Cámaras la mujer, todavía en la cama, hacía al marido mil recomendaciones mientras éste se vestía para almorzar en casa de M. Laroche-Mathieu. El ministro debía darle sus instrucciones antes de la sesión para el artículo político del día siguiente en *La Vida Francesa*, artículo que debía ser una especie de declaración oficiosa de los verdaderos proyectos del gabinete.

— Sobre todo no te olvides, decía Magdalena, de preguntarle si el general Belloncle va destinado á Orán como se tenía pensado. Esto significaría mucho.

— Yo sé lo mismo que tú, respondió Jorge nervioso, lo que debo hacer. Déjame en paz con tus repeticiones inútiles.

— Pero, querido, volvió ella á decir tranquilamente, si siempre te olvidas de la mitad de los encargos que te doy para el ministro...

— Tu ministro concluye por reventarme, gruñó Du Roy. Ese solemne majadero...

Magdalena repuso con calma :

— No es más ministro mío que tuyo. Más útil te es á ti que á mí.

Du Roy se volvió un poco hacia su mujer y riendo dijo:

— Perdón, hija mía, á mí no me hace la corte.

— Tampoco á mí, contestó ella lentamente, pero hace nuestra fortuna.

Jorge se calló, y después de algunos instantes, repuso :

— Si yo tuviese que elegir entre tus adoradores preferiría al viejo zoquete de Vaudrec. ¿ Qué es de él? Hace más de ocho días que no le veo.

Magdalena replicó sin alterarse :

— Está enfermo, me ha escrito que está en cama retenido por un ataque de gota. Tú debieras pasar á preguntar por él. Ya sabes que te quiere mucho, y esto le causaría placer.

— Ciertamente que iré, respondió. Pasaré luego.

Concluído que hubo de vestirse y ya con el sombrero puesto, Du Roy miró si algo se le quedaba olvidado, y como no encontró nada, se acercó á la cama y, besando á su mujer en la frente, se despidió :

— Hasta luego, querida, lo más temprano que estaré de vuelta será á las siete.

Mr. Laroche-Mathieu le esperaba ya; aquel día almorzaba á las diez á causa del consejo que debía celebrarse á mediodía, antes de la reapertura del parlamento.

Así que estuvieron sentados á la mesa solos con el secretario particular, pues M<sup>me</sup> Laroche-Mathieu no había querido alterar la hora de su almuerzo, Du Roy habló de su artículo, indicó las líneas consultando los garabatos que llevaba escritos en unas cuantas tarjetas, y cuando hubo terminado preguntó :

— ¿Tiene Vd. alguna modificación que hacer, mi querido ministro?

— Muy poco, mi querido amigo. Sin embargo tal vez resulta demasiado afirmativo lo del asunto de Marruecos. Hable de la expedición como si debiera llevarse á cabo, pero dejando entender que no tendrá lugar y que Vd. no cree en ella por nada del mundo. Haga de manera que el público lea bien entre líneas que nosotros no hemos de ir á meternos en una aventura semejante.

— Perfectamente. Lo he comprendido y me haré comprender. Mi mujer me ha encargado á este propósito que pregunte á Vd. si el general Belloncle será enviado á Orán. Pero después de lo que Vd. acaba de decirme infiero que no.

— No., respondió el hombre de Estado.

Después se habló de la sesión que aquel día iba á celebrarse. Laroche-Mathieu se puso á perorar preparando el efecto de las frases que unas cuantas horas más tarde debía verter sobre sus colegas de la Cámara, y mientras almorzaba agitaba la mano derecha, levantando en alto ora el tenedor, ora el cuchillo, alguna vez un pellizco de pan, y sin mirar á nadie, encarándose con la invisible Asamblea, expectoraba su dulzarrona elocuencia de muchacho guapo y bien peinado.

Un pequenísimo bigote rizado hacia arriba levantaba sobre su labio superior dos enhiestas guías parecidas á rejos de escorpión, y los untuosos y relucientes cabellos le caían sobre las sienes en dos espesos bucles, separados por una raya que dividía la frente en dos mitades, completando su aspecto de provinciano hermosote y robusto. Aunque joven todavía, había llegado á ponerse demasiado grueso, algo hinchado, y el chaleco aparecía terso y tirante á causa de la tensión ejercida por el vientre.

El secretario particular comía y bebía tranquilamente habituado sin duda á aquellas duchas de facundia, pero Du Roy á quien molestaban los éxitos obtenidos por aquel gahnápiro, decía para sí, roído por los celos:

— ¡Anda de ahí, zoquete! ¡Cuidado si son palurdos estos hombres políticos!

Y comparando su propio valer con la exigua importancia de aquel hablador de ministro, continuaba diciendo para sus adentros:

— ¡Como yo tuviera solamente cien mil francos netos con que poder embromar á mis maliciosos normandos, me presentaba candidato por mi hermoso país de Ruán y ¡vaya un hombre de Estado que haría yo al lado de estos tunantes indiscretos!

Hasta que llegó el momento del café, Mr. Laroche-Mathieu continuó en el uso de la palabra; pero al ver que se iba haciendo tarde, sonó el timbre y dió orden de que hicieran aproximar el coche á la puerta.

— ¿Conque ha comprendido Vd. perfectamente, querido amigo? dijo alargando la mano al periodista.

— Perfectamente, mi querido ministro, cuenta Vd. conmigo.

Du Roy se dirigió luego despacito al periódico para comenzar su artículo, pues hasta las cuatro no tenía nada que hacer. Á dicha hora debía verse con M<sup>me</sup> de Marelle en la calle de Constantinopla como venía haciéndolo regularmente desde algún tiempo dos veces por semana, los lunes y los viernes.

Pero al entrar en la redacción le entregaron un despacho cerrado. Era de M<sup>me</sup> Walter y decía lo siguiente:

« Es preciso absolutamente que te vea hoy. Se trata

de un asunto grave, muy grave. Espérame á las dos en la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio.

« Tu amiga hasta la muerte

« VIRGINIA. »

— ¡Voto á!... ¡Qué lapa ésta! exclamó Du Roy, dominado por el mal humor. Y salió inmediatamente, pues la irritación le hubiera impedido trabajar.

Hacia seis semanas que intentaba romper con ella sin lograr desprenderse de aquel apego encarnizado.

M<sup>me</sup> Walter había sentido á raíz de su caída un acceso de espantoso remordimiento, y en tres citas sucesivas había abrumado á su amante con reproches y maldiciones. Aquellas escenas habían llegado á producir á Du Roy un gran fastidio y, como por lo demás se encontraba harto de aquella señora madura y dramática, había resuelto alejarse sencillamente prometiéndose que la aventura no pasaría más adelante. Pero ella se le había colgado entonces con un apasionamiento loco, arrojándose en aquel amor como se arroja uno al río con una piedra al cuello. Du Roy se había dejado coger por algo de debilidad, de complacencia, de miramientos, y ella le tenía aprisionado en su pasión desenfrenada y molesta, persiguiéndole con su ternura.

Quería verle todos los días, le llamaba á cada momento con telegramas para simples y rápidas entrevistas á la esquina de una calle, en un comercio, en un jardín público, y le repetía entonces en unas cuantas frases, siempre las mismas, todo cuanto le adoraba y le idolatraba, para jurarle luego al despedirse « que era feliz con sólo haberle visto ».

M<sup>me</sup> Walter se mostraba diferente de como Du Roy

la había soñado, ensayaba seducirle con gracias pueriles y con niñerías de amor ridículas á su edad; y como hasta entonces había vivido estrictamente honrada y virgen de corazón, cerrada á todo sentimiento é ignorante de toda sensualidad, el amor del periodista había producido de pronto en aquella señora prudente, cuya tranquila cuarentena parecía un otoño pálido después de un verano frío, una especie de primavera marchita llena de florecillas abortadas y de brotes mal definidos, un extraño amor naciente de chiquilla, amor tardío, apasionado y cándido formado de transportes imprevistos, de anhelos de adolescente, de requiebros embarazosos, de gracias envejecidas, sin haber sido jóvenes.

Le escribía diez cartas en un solo día, unas cartas cándidamente locas, de un estilo originalmente poético



y risible, y como el de los indios adornado con infinidad de nombres de animales y de pájaros.

Apenas se encontraban solos, le besaba con maneras de muchachuela depravada, haciendo muecas un tanto grotescas con los labios, y entregándose á transportes que hacían latir su pesado seno bajo la tela del corpiño.

Pero lo que más que nada le tenía á Du Roy hastiado, era oírse llamar « Ratoncito mío », « perrito mío », « joyita mía », « pajarito azul », « tesorito mío » y verla después ofrecerse con su poquito de comedia de pudor infantil y movimientos de resistencia que ella juzgaba graciosos, para concluir luego con mimos de colegiala picardeada.

— ¿De quién es esta boquita? preguntaba, y si Du Roy no respondía en seguida, se contestaba ella sola « es mía, » insistiendo hasta hacerle palidecer de aburrimiento y de fastidio.

El periodista hubiera querido hacerla comprender que, en amor como en todo, se necesita un tacto y una destreza y una prudencia extremos y que al entregarse á él aquella señora madura, madre de familia, mujer de sociedad, debía entregarse gravemente, con una especie de arrebato contenido, severo, acaso con lágrimas, pero con lágrimas de Dido, nunca con lágrimas de Julieta.

— ¡Cuánto te amo, rico mío! le repetía incesantemente. ¿Tú me amas lo mismo? dime que sí, nene mío.

Du Roy no podía ya oírle decir « nene mío, bebé mío » sin sentir ganas de llamarla « vieja mía ».

— ¡Qué locura tan grande, solía ella decirle, la de dejarme seducir por ti! Pero no la siento. ¡ Es tan hermoso amar!

Todo aquello le parecía á Jorge irritante dicho por aquella boca. Ella murmuraba siempre: « ¡ Oh qué hermoso es amar! » como lo habría expresado en el teatro una artista que hiciese el papel de ingenua.

Otra cosa que exasperaba al periodista era la torpeza demostrada por ella en sus caricias. Al primer beso de aquel hermoso mancebo, que tan violentamente había encendido su sangre, M<sup>me</sup> Walter se volvía sensual de un modo tan extraño como inhábil en el abrazo, y tan ardorosa y seriamente se aplicaba á expresar la ternura que sentía que á Du Roy le daban ganas de reír, haciéndole pensar en los viejos que tratan de aprender á leer.

Precisamente cuando ella hubiera debido estrecharle entre sus brazos hasta magullarle, mirándole con esa mirada ardiente, profunda y terrible con que, perdida ya su frescura miran ciertas mujeres, soberbias en las postrimerías de su amor; cuando habría debido morderle con su boca muda y temblorosa y aplastarle sobre sus carnes cálidas y espesas, fatigadas aunque insaciables, M<sup>me</sup> Walter se agitaba como una chicuela y, queriendo hacerle gracia, ceceaba frases de amor:

— Cuánto te amo, nenito mío, hazle á tu mujercita un mimito rico.

Du Roy sentía entonces un deseo furioso de jurar, tomar el sombrero y escaparse dando un portazo.

En los primeros tiempos se habían visto con frecuencia en la calle de Constantinopla, pero Du Roy, que temía un encuentro con M<sup>me</sup> de Marelle, encontraba ahora mil pretextos para excusarse de asistir á las citas.

En cambio era forzoso que fuese á casa de ella la mayor parte de los días, invitado unas veces á almorzar y otras á comer. La apasionada no perdía ocasión

de hacerle en su misma casa alguna caricia, estrechándole la mano por debajo cuando estaban sentados á la mesa ú ofreciéndole la boca detrás de alguna puerta. Pero á Du Roy le interesaba más jugar con Susana que le distraía con sus picardihuelas de jovencita avisada. En efecto, en aquel cuerpecito de muñeca agitábase un espíritu sutil y malicioso, disimulado é imprevisto que tenía siempre dispuesta la parada como un títere de feria. Se burlaba de todo y de todo el mundo con una oportunidad incisiva y cáustica. Jorge excitaba su charla y la empujaba á la ironía, y ambos se entendían á las mil maravillas.

Á cada momento ella le llamaba :

— Buen Mozo, escuche Vd. venga aquí.

Du Roy dejaba á la mamá inmediatamente y corría hacia la chiquilla que le murmuraba en el oído alguna tunantería que daba motivo á que los dos rieran con toda su alma.

Pero á pesar de esto, Du Roy que estaba harto y fatigado del amor de la madre, llegaba á encontrar insoporable la presencia de ésta y ya no podía verla, ni oirla, ni pensar en ella sin encolerizarse. Cesó, pues, de visitarla, de responder á sus cartas y de acceder á sus llamamientos.

Ella comprendió al fin que Du Roy no la amaba y sufrió horriblemente, pero se apasionó con encarnizamiento, le espió, le siguió y, melida muchas veces en un coche de punto con las cortinillas echadas, le esperó á la puerta de la redacción, á la puerta de su casa y en las calles por donde creía que debía pasar. Más de una vez sintió Du Roy deseo de tratarla mal, de injuriarla, de ofenderla, diciéndola claramente :

— Basta, señora, se me ha hecho Vd. insoporable,

pero pensando en *La Vida Francesa*, se contenía y la guardaba algunos miramientos, proponiéndose á fuerza de frialdad y de durezas de lenguaje envueltas en ciertos respetos, aunque no siempre, hacerla comprender que era preciso que aquello concluyese.

No obstante, ella se obstinaba en idear cada día una astucia para llevarle á la calle de Constantinopla, y él temblaba constantemente pensando en que un día llegarán á encontrarse de sopetón las dos mujeres á la puerta.

La afección de Du Roy por M<sup>me</sup> de Marelle había, en cambio, aumentado, durante el verano.

Jorge la llamaba su « muchachito », y decididamente la joven le agradaba; sus dos naturalezas tenían muchos puntos de contacto y, tanto el uno como la otra, pertenecían á la raza aventurera de los vagabundos de la vida, de esos vagabundos elegantes que sin creerlo se asemejan extraordinariamente á los bohemios de las carreteras.

Habían pasado un verano de amores deliciosos, un verano de estudiantes juerguistas, escapándose unas veces á Bougival ó á Poissy, otras á Maisons ó á Argenteuil para almorzar ó comer según se presentaba, y pasando las horas en un bote, entretenidos en coger flores á lo largo de las orillas del río. Clotilde adoraba las fritadas de pececillos del Sena, los cochifritos de conejo, los guisos á la marinera, los emparrados de los merenderos y los gritos de los pescadores. Du Roy gozaba mucho en las giras que con ella hacía á los alrededores, en uno de esos días claros y hermosos, y se divertía con las tonterías alegres que se les ocurrían al atravesar, subidos en la imperial de los trenes, la fea campiña de París cuajada de quintas horrosas de la gente rica.

Y cuando llegaba la hora de regresar á París para comer en casa de M<sup>me</sup> Walter, Du Roy odiaba á la vieja y encarnizada amante, en recuerdo de la joven á quien iba á dejar, que había desflorado sus apetitos y destruído sus ardores en las frondosas orillas del Sena.

Así es que cuando recibió en la redacción el telegrama que le citaba para las dos de la tarde en la calle de Constantinopla, se consideraba libre ó poco menos de las exigencias amorosas de M<sup>me</sup> Walter, á quien había ya expresado de una manera clara, casi brutal, su resolución de romper, y en el camino, después de salir del periódico, volvió á leer el telegrama :

« Es preciso absolutamente que te vea hoy. Se trata de un asunto grave, muy grave. Espérame á las dos en la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio. Tu amiga hasta la muerte. — VIRGINIA. »

— ¡Qué será lo que me quiera todavía esta vieja lechuza? se dijo. Apuesto á que no tiene nada que decirme, como no sea que me adora mucho. Sin embargo, es preciso saberlo. Habla de una cosa muy grave y de un gran servicio... ¡Quién sabe si es verdad! Y Clotilde que irá á las cuatro. Es necesario que despida á la primera lo más tarde á las tres. ¡Voto á!... Bueno será que no se encuentren. ¡Cuidado si son rocines las mujeres!...

Y entonces pensó en que la única que no le atormentaba jamás era la suya. Ella vivía como le parecía sin dejar por eso de amarle, mucho, al parecer, en las horas destinadas al amor, porque eso sí, no admitía Magdalena que se alterara para nada el orden inmutable de las ocupaciones ordinarias de la vida.

Á paso lento se dirigía Du Roy hacia la casa desti-

nada á las citas, y mentalmente se excitaba contra la señora de su director :

— ¡Oh! Lo que es como no tenga nada que decirme, la voy á recibir de lo lindo. El lenguaje de Cambronne va á resultar académico al lado del mío. Lo primero que la digo es que no vuelvo á poner los pies en su casa.

El periodista entró para esperar á M<sup>me</sup> Walter, y así que ésta llegó, unos momentos después exclamó regocijada al verle :

— ¿Has recibido mi despacho? ¡Qué fortuna!

Du Roy había tomado un semblante áspero :

— Pardiez, me le han dado en el periódico en el momento en que salía para la Cámara de diputados. ¿Qué es lo que me quieres todavía?

M<sup>me</sup> Walter habíase levantado el velo para besar á Du Roy y se acercaba, medrosa y sumisa, como una perrita á quien se castiga con frecuencia.

— Pero qué cruel eres para mí... y qué duramente me hablas. ¿Qué te he hecho? No puedes figurarte cómo sufro por ti...

— ¿No vas á comenzar de nuevo, supongo? gruñó Du Roy.

Ella se mantenía de pie, cerca de él, esperando una sonrisa, un simple gesto, para arrojarle en sus brazos.

— Valía más no haberme tomado para tratarme así; mejor era dejarme casta y dichosa como yo era. ¿No te acuerdas ya de lo que me decías en la iglesia y cómo me hiciste entrar por fuerza en esta casa? ¡Qué diferencia del modo como ahora me hablas y del modo como ahora me recibes! ¡Dios mío, Dios mío! ¡cuánto daño me haces!

El periodista dió una fuerte patada en el suelo.



— Se acabó, ya estoy harto de oírte eso. No puedo verte un solo minuto sin que salga esa canción. Cualquiera creería que te he tomado á los doce años y que estabas ignorante como un angelito. No, querida mía, pongamos las cosas en su punto, no se trata de corrupción ni de menores. Te has entregado á mí en plena edad de razón. Te lo agradezco, te estoy infinitamente reconocido, pero no me considero obligado de estar pegado á tu falda hasta la muerte. Tú tienes un marido y yo tengo una mujer. Ni el uno ni el otro somos libres. Nos hemos ofrecido un capricho y después ni vistos ni conocidos. Asunto concluido.

— ¡Oh! ¡qué brutal eres y qué grosero y qué infame! No, yo no era una jovencita, pero jamás había amado, jamás había desfallecido en el cumplimiento de mis...

Du Roy la interrumpió :

— Ya me lo has repetido veinte veces, lo sé, pero también habías tenido dos hijas... por lo tanto no te he desflorado...

M<sup>me</sup> Walter retrocedió :

— ¡Jorge, Jorge, eso es indigno!...

Y llevándose al pecho las dos manos comenzó á sofocarse con sollozos que le subían á la garganta.

Cuando Du Roy vió las lágrimas tomó su sombrero del extremo de la chimenea :

— ¿Qué? ¿vas á Horar? Buenas tardes, entonces. ¿Es para esta representación para lo que me habías hecho venir?

La señora dió un paso para oponerse á su salida y, sacando vivamente un pañuelo del bolsillo, se enjugó los ojos bruscamente. Al esfuerzo de voluntad que ella hizo, su voz se fortaleció y, aunque temblorosa por

las sacudidas de dolor que experimentaba en aquel momento, M<sup>me</sup> Walter contestó :

— He venido... para... para darte una noticia... una noticia política... para procurarte el medio de ganar cincuenta mil francos... y hasta más... si tú quieres.

Du Roy se dulcificó de repente :

— ¿Y eso cómo es? ¿qué es lo que quieres decir?

— Ayer noche he sorprendido por casualidad algunas frases de mi marido y de Laroche. Por lo demás no se ocultaban tampoco mucho de mi presencia. Pero Walter recomendaba al ministro que no te confiara el secreto porque tú descubrirías todo.

Jorge había dejado su sombrero sobre una silla y esperaba con gran atención.

— ¿Entonces, de qué se trata?

— ¡Quieren apoderarse de Marruecos!

— ¡Bah! Precisamente he almorzado con Laroche que me ha dictado casi las intenciones del gabinete.

— No, querido mío; han jugado contigo porque tienen miedo de que se conozca su combinación.

— Siéntate, dijo Jorge, al mismo tiempo que también él se sentaba en una butaca. Ella entonces arrastró por el suelo un pequeño taburete, se colocó encima agazapada entre las piernas del joven y le dijo con voz zalamera :

— Como pienso siempre en ti, ahora presto gran atención á todo cuanto se cuchichea en derredor mío.

Y pausadamente empezó á explicarle de qué manera había adivinado desde hacia algún tiempo que se preparaba algo á espaldas suyas y que se servían de él aunque recelando de su concurso.

— ¿Tú sabes? decía; cuando se ama, una se hace astuta.

Finalmente, el día antes había comprendido todo, se trataba de un gran negocio, un negocio enorme preparado en la sombra.

Y dichosa de haber tenido tanta destreza, sonreía ahora y se exaltaba hablando como mujer de hombre de negocios, habituada á presenciar las maquinaciones de las jugadas de bolsa, las evoluciones de los valores, las alzas y las bajas arruinando en dos horas de especulación á millares de pequeños rentistas que habían colocado sus ahorros sobre fondos garantidos por hombres respetados en la política ó en la banca.

— ¡Oh! Es verdaderamente soberbio lo que han hecho. ¡Soberbio! Walter es quien ha dirigido todo y conoce á las mil maravillas los asuntos. Hay que convenir en que es de primer orden.

Du Roy se impacientaba con tantas preparaciones.

— Pero veamos, dílo pronto.

— Pues bien, helo aquí : la expedición de Tánger estaba decidida entre ellos desde el día en que Laroche se hizo cargo de Negocios Extranjeros, y poco á poco han ido comprando de nuevo todo el empréstito de Marruecos que había bajado hasta sesenta y cuatro ó sesenta y cinco francos. Lo han comprado de nuevo muy hábilmente valiéndose de agentes tenidos como sospechosos que no despertaban la menor desconfianza; y hasta á los Rothschild que se extrañaban de ver pedir siempre papel marroquí, los han envuelto. Se ha respondido á su extrañeza eligiendo como intermediarios á gente desacreditada, á hombres calificados de agiotistas. Esto ha tranquilizado á la gran banca. Ahora se manda la expedición y, una vez que estemos allí, el Estado francés garantizará la deuda, con lo cual nuestros amigos habrán ganado cincuenta ó sesenta mi-

llones. ¿Has comprendido ya el negocio y el porqué del miedo que se tiene de todo el mundo, miedo á la menor indiscreción?

M<sup>me</sup> Walter tenía la cabeza apoyada sobre el chaleco del joven y los brazos sobre sus piernas; le estrechaba, se pegaba contra él, comprendiendo ahora perfectamente que le interesaba con lo que le decía, y dispuesta á todo, á ejecutar todo cuanto él quisiera, por una caricia, por una sonrisa.

— ¿Estás bien segura? preguntó Du Roy.

— ¡Oh! y tan segura, respondió ella con la mayor confianza.

— La verdad es que la cosa está bien hecha. En cuanto á ese puerco de Laroche, ahí tienes uno á quien cogeré por mi cuenta. ¡Ah! ¡miserable! que tenga cuidado... Lo que es su armazón de ministro quedará entre mis uñas.

Después se puso á reflexionar :

— Sin embargo convendría aprovecharse de esto.

— Tú puedes todavía, dijo M<sup>me</sup> Walter, comprar empréstito. No está más que á setenta y dos.

— Sí, pero no tengo dinero disponible.

La querida levantó hacia él los ojos llenos de súplica.

— Ya he pensado en ello, gato mío, pero si tú fueses bueno y me amases un poquito, me dejarías que te prestase.

— Lo que es eso no, respondió bruscamente y casi con dureza el periodista.

— Escucha, imploró ella con voz suplicante, escucha; hay una cosa que puedes hacer sin pedir dinero. Yo quería comprar por diez mil francos de empréstito para mí, á fin de crearme un pequeño capital. Pues bien tomaré por veinte mil! Tú llevas en ello la mitad